

MURMULLOS LITERARIOS

SEMANARIO ARTÍSTICO

Se publica los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes

PRECIOS DE SUSCRICIÓN:		REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN	ANUNCIOS Y COMUNICADOS
GRUÑA...	Al mes..... 1 pta.	SAN NICOLÁS, 44, PRINCIPAL	a precios convencionales, con la correspondiente rebaja para los señores suscritores.
	Trimestre..... 2'50 "	Advertencia. —Se considerará como no recibida toda composición que pueda ofender á la moral, al decoro y al respeto personal, ó trate de asuntos políticos. La Redacción se reserva el derecho de censura y no se devuelven los originales.	La correspondencia se dirigirá á la Administración.
PROVINCIAS	Trimestre..... 3 "		
	Semestre..... 5 "		
	Año..... 9 "		

Sumario:

TEXTO: Cronicón, por Beta.—A Paca (en un encuentro inexperado), por F. L. B.—No puede ser, por E. M. C.—Rimas, por Beta.—Cantares, por Eugenio Mañach.—Carta literaria, por Eugenio.—¡Callad!, por Beta.—Epigramas, por Alfa.—Bibliografía.—Los desheredados (continuación), por Alfa.—El aniversario (conclusión), por Ariosto.

Nuestro cronicón

Por cierto que ya me pesa haberme encargado de escribirlo.

El porqué es muy fácil adivinarlo, porque basta leer un poco.

Pero, en fin, á lo hecho pecho.

Si con mi poca pericia logro registrar y en pocas líneas dar á V.V. cuenta de aquello que, aunque para nadie pasa inadvertido, todo el mundo lo deja correr á la buena de Dios, porque ya no hay quien no esté avezado á experimentar sus consecuencias, habré desempeñado suficientemente mi encargo y dádome muy por satisfecho.

Dios lo oiga y el diablo sea sordo. Y empezemos.

Qué sucede? Que la crisis monetaria de tal modo se dejó caer sobre la indefensa humanidad, que por lo visto toda ésta se queja del mismo padecimiento. Y de tal manera se arraiga que maldita la gana que tiene de desaparecer.

Que las haya ministeriales, y aun de otras cualesquiera, puede pasarse; pero la monetaria es terrible y de unas consecuencias espantosas.

Por ejemplo: principios ó mediados de mes y la mitad de la humanidad sin un real en el bolsillo.

Esto no puede sufrirse.

—María? Súbeme el chocolate decía no ha muchos días un ex-empleado de Hacienda á la doméstica que le servía en el hospedaje.

—Me ha dicho el amo que no le dé á V. ni siquiera los buenos días mientras no le pague seis meses que le debe—contestaba ella.

—Mujer, dile que está á llegarme la credencial y entonces...

—Y á él le ha llegado ya la gana de que se le vaya V. de casa.

—Bueno; pues me iré despues de desayunarme,

—¡Con veneno! gritaba el huesped que le había oído desde su cuarto.

Y, según parece, llegaría la hora de comer y la de cenar, y el ex-empleado sostendría otros tantos diálogos iguales ó parecidos con la doméstica y el huésped.

Y por cierto que la cena de la noche anterior no debiera haberle hecho daño, cuando tanto apetito demostraba tener que no quería dejar la caña sin tomar el chocolate.

¡Aprieta! ¡con los efectos de la crisis!

Yo hasta creo que los que en tan gran número nos entretenemos en mirar al cielo, y andar por las calles silbando y soplándonos las uñas, enfurecemos unas veces y enterneceemos otras de tal manera la estacion, que somos la causa de que presente esos contrastes *ventisco-pluviales* que hay algunos días nos ofrece.

Si, señor. Lo que sucede es que enfurecemos á don Eolo, que se cree insultado con tanto silbar y enterneceemos á las nubes de puro contemplarlas.

Sólo así se explica que después de desembuchar aquel todo cuanto viento fabricó en su estómago durante el buen tiempo de verano, lloren las últimas tan á lagrima tendida que cuando menos nos descuidemos van á inundar la Tierra y dejarla ronda y moronda como la coronilla de un padre abad.

¡Y ay del que entonces no sea Noé, ó alguno de su familia.

*
**

A pesar de la maldita crisis de que he hablado, el *Salon Sarasate* muy concurrido toda la semana.

Y entre la concurrencia, con seguridad no dejó de haber alguno á quien la crisis haya metido más de una vez en el conflicto del ex-empleado de marras.

Pero esto no tiene nada de extraño. Son contrastes que presenta la humanidad, que al parecer

tiene dos caras como Jano; con una llora y con otra ríe.

Además el *Salon Sarasate* se deja ver á poco coste.

En cambio el teatro..... He aquí bien patentes los efectos de la crisis monetaria. Porque yó, por mucho que traten de persuadirme de que la falta de numerosa concurrencia al coliseo de San Jorge, es por otras causas, no quiero creerlo.

Y nada más puedo decir á Vdes. hoy, porque no me han reservado más espacio.

Paciencia, que para el siguiente número será el cronicón más completo.

A Paca

(en un encuentro inesperado.)

Indiferencia?... Desvío?...
Clavada en el torpe suelo
tu vista, como el impio
que en su triste desvarío
rehusa mirar al cielo?

¿Torpe desdén para mi,
que al hallarme hoy á tu lado
todas las glorias creí
ver de nuestro amor pasado
reconcentradas aquí?...

¿Ya no es hermosa la frente
que contemplaron tus ojos
y que el beso irreverente
de tus dulces labios rojos
abrasó constantemente?

¿Ya son mis ojos dos rayos
que matan en vez de amar?
¿Ya no soy yo el que ahuyentar
logré los torpes desmayos
de tus horas de pesar?

Ya no! Ignominiosa pena,
cruel dardo el del olvido,
que al noble pecho condena
como al vil y maldecido
á arrastrar igual cadena!...

¿Porqué de mi su luz pura
tus claros ojos retiran?
Porqué con igual ternura
mi frente ahora no admiran,
cuando es menos mi ventura?

¿No es desdén?... Es compasión?...
¿Es acaso de tu crimen
la terrible expiación?...
ó arroja tu corazón.

las durezas que le oprimen?
¡Ah! Ni el importuno acento
de mis labios te suspende,
ni el convulso movimiento
de mi pecho al sufrimiento
que en el tu desvío enciende.

Mudo silencio, esquivéz,
desvío, torvo mirar,
me están diciendo á la vez
que no cede tu altivez
sinó al placer de olvidar.....

.....
.....

Ya quizás ni un recuerdo se dibuje
de mis dulces palabras en tu mente,
ni en tu pecho un suspiro de mi pecho,
ni un beso de mis labios en tu frente;
ni un latido se albergue silencioso
de mi fiel corazón dentro del tuyo,
ni un ¡ay! de compasión, ni un solo grito
que recuerde á tu amor que he sido suyo.

Hoy, al olvido lúgubre entregado
de tu infiel pensamiento, sólo resta
dolor que padecer al pecho mo:
ley del infierno, inaccesible cuesta...

Y por qué?... porqué dejas que se extinga
mi placer torpemente amenazado?

¿Porqué no devuelves amorosa
la dicha que inclemente me has robado?

¿Tal pudo ser impio aqueste pecho
que merezca ser pasto de la muerte?
¿Tal pudo un corazón con sus latidos
engañado tal vez ay ofenderte?...

Recuerda que te quise cual ninguno,
que te adoré con loco frenesí,
que tuve siempre de cristal el pecho,
y el corazón de ángel para ti;

Recuerda que lloré tus desventuras
con lágrimas de sangre muchas veces;
que del dolor, por tu desgracia impia,
con ánimo apuraba hasta las heces.

Recuerda que mis horas de ventura
pasaron ya cual acordado són;
que sólo al palpitir dentro del pecho,
para sufrir las siente el corazón.

Y si una vez olvidas los instantes
en que amoroso á tu poder rendido,
placeres te brindé y horas dichas
para calmar tu pecho dolorido;

Si de la fé con que tu amor pagaba
ni un recuerdo quizás queda á tu mente,
piensa, cruel, que en mis tiernos labios
besaron para amar eternamente.

E. L. B

No puede ser

Aunque pérfida fueses,
cual verdinegra onda
que entre espumas y besos
al navegante ahoga;
aunque fueses perjura,
y altiva, y desdenosa,
y á tú alma faltasen
las gracias que la adornan:
aunque fuesen mentira
la risa de tú boca,
y el fuego de tus ojos,
y tus galanas formas,
y brotasen tus labios
palabras engañosas;
aunque fueses maldita
sepultura de honras,
ramera descocada,
bacante sin corona;
aunque todo en ti fuese
polvo, lodo y escoria,
de amarte no dejara,
mujer que el alma adora;
porque en ella tu imagen

grabó impresión tan honda,
que el tiempo la respeta
y el odio no la borra;
porque eres, ángel mío,
de un modo tal hermosa,
que el cielo te envidiara
si de él no fueses obra;
porque, en fin, para verte
y no amarte, señora,
en el humano ser
el sentimiento sobra

E. M. C.

Rimas

¡Acaso no entendiste mi lenguaje
cuando mudo y extático te hablé!
¡Acaso me llamaste necio y torpe,
tanto silencio al ver.

Yo no sé que pasaba por mi mente
que el dar forma á la idea me privó
y en un mar de agclpadas ilusiones
me perdí á lo mejor.

Pero entonces... entonces candoroso,
cuando la voz ahogaba en mi garganta,
es que hablaban mis expresivos ojos
el lenguaje del alma.

Beta.

Velado el rostro, y la mirada turbia
con el dolor del alma que le aqueja,
cuando pasar la veo, su tristura
mi sufrimiento aumenta.

Ella sufre también de su pecado
la continua y horrible penitencia,
que sus ojos, de lágrimas ya faltos,
publican á voz llena.

Cuántas veces, al verme se diría:
¡Ya no es aquel que yo también al verla
cuántas veces pensé, suspenso y triste:
¡Ya no es aquella!

Beta

Cantares

Para leer en tu alma
el poder de Dios quisiera,
porque sólo así sabría
lo que tus labios me niegan

Cuando te sientas morir,
no me llames á tu lado,
porque es seguro que yo
también estaré espirando.

Un beso de amor ardiente
encendió mi corazón,
y un beso del desengaño
en hielo lo convirtió

Si quieres que cuando muera
borden las flores mi tumba,
llora, y verás como nace
de cada lágrima una.

Eugenio Mañach

Carta literaria á una mujer.

Yo no sé lo que te voy á decir al poner mi pluma sobre el papel y sin embargo, lo siento: tengo de ello una intuición casi perfecta; algo así como una revelación supra-humana que alienta el espíritu y enardece el corazón, algo así como un atropellamiento de ideas confabuladas para una afirmación categórica, y que no encontrando forma propia para engalanarse, llegan á los labios, retozan en ellos un instante y, desques de probar multitud de disfraces, se vuelven al cerebro enrojecidas por la vergüenza de su descarnada desnudez.

Quizá te parezca laberíntico y confuso esto que te digo, y, sin embargo, refleja fielmente mi estado de ánimo actual. Sin el lenguaje figurado, estaríamos incapacitados, las más veces, para expresar por la palabra hablada las ideas abstractas, y esas otras que allá se forman en los escondrijos del alma, tímidas y sutiles, como esas nieblas que la caída de las tardes de Otoño levanta de los retorcidos cauces de los arroyos. Aún así, entre lo que se siente y lo que se escribe, hay tanta distancia como entre Dios y el hombre, la fuerza creadora y la creación.

Tu misma me lo has confesado alguna vez. ¿Te acuerdas?

Estábamos en el fondo del escondido bosque. Tú seguías con la vista, por entre las intrincadas copas de los castaños, el plácido juego de unos pajarillos atolondrados, mientras yo sentado á tus piés, hacía un ramillete lindísimo con las florecillas silvestres que aquí y allí alcanzaba mi mano entre la tupida alfombra del cespéd floreciente. ¡Qué dichosa tarde!

Un amoroso pío de aquellas dos aves distrajo mi atención y como tú alcé la cabeza, y como tú las ví columpiarse en la última rama de un añostísimo castaño, agitando sus alillas al propio tiempo, como si quisiesen invitarnos con su ejemplo al platónico goce del amor. ¿Porqué se tiñó entonces tu rostro con el purísimo carmín del rubor? Yo lo sé, y tú no lo ignoras. Y sé también que al bajar tus ojos al suelo nuestras miradas se buscaron para contarse cosas del alma, y que nuestros labios se entreabrieron para respirar un mismo aire, y que en este divino éxtasis llego á sorprendernos la noche con su brillante séquito de luceros lanzados al poniente por la desconocida fuerza que llaman los sabios *gravitación universal*.

Entonces no pudiste tú expresar algo que se agitaba en el fondo de tu alma y que yo leí en tus ojos, menos torpes que la palabra, en la fiel transmisión de las emociones del espíritu.

Pero, qué?... ¿te disgusta la carta? ¿No es esto lo que deseas encontrar en ella? ¿Buscas algo que responda á la desconcertadora pregunta que me hiciste un día y que te prometí contestar en otra ocasión? Tentaciones me vienen de no intentar siquiera satisfacer tu curiosidad, aun cuando fuera solo por-

que no se borrara el gracioso mohín de burlado interés que realza los encantos de tu bellissimo rostro.

Mas, lo prometido es deuda y aun á trueque de decir muchos desatinos, quiero arriesgarme á descubrir los pliegues de mi alma, dudando mucho de que encuentre entre ellos una idea siquiera que satisfaga á tu extraña pregunta «¿Porqué me amas?»

Y, sin embargo, nada parece más fácil. Definido el amor, y dada la razón de su existencia, no es necesario inquirir el porqué del mio, y tu pregunta queda contestada. Andando.

Pero ¿qué es el amor?

Si yo no tuviese la convicción de que los hombres hablan la mitad de las veces de lo que no entienden, habria de definirte el amor de tantos y tan diversos modos que, al cabo, no podrias abrigar la menor duda sobre la naturaleza y caracteres de esa pasión sublime que, como por un hilo de luz, une nuestras almas, al foco de la eterna aspiración. Nada conseguiria si asi lo hiciese, créeme: al cabo de muchas palabras huecas ó pretenciosas, seguirías preguntándome con la candorosa ingenuidad del niño: ¿Qué es el amor?

Cuanto más reflexiono sobre ello, mas me persuado del misterio que envuelve esa primera pasión del espíritu. El amor es indefinible, porque es esencia; se siente y no se le conoce; se agita en todas partes; dentro de nosotros mismos, en los animales, en las plantas, hasta en las estrellas, esas distanciadas lámparas de la noche, y no se le vé; se experimentan sus efectos, pero se desconoce su causa.

Si quieres hallar la solución cierta de ese gergolífico que cada cual intenta descifrar á su modo, no estudies, ni pienses; reconcentra tu espíritu, desligándolo de lo material; sigue una á una sus purísimas emanaciones, y verás como, condensándose poco á poco, recortan en el aire una figura angélica que te ofrece en sus tendidos brazos inacabable deleite.

¿Te sonries? ¿Dudas del aserto? Pues, hé ahí mi argumento áquiles para demostrar que el amor es un enigma, que cada uno intenta descifrar á su modo, sin miedo á que otro se ria de él.

Sin embargo, tú sientes el amor como yo; debes sentirlo, al menos. La concordia en el sentimiento, es la concordia en la manera de apreciarlo, prescindiendo de su intensidad.

Esto que te parecerá confuso y vago, es no obstante perfectamente comprensible.

Tú y yo nos amamos porque coincidimos, acaso en la concepción del amor. Somos dos almas gemelas arrodilladas ante el ara de su altar. en el que, sea dicho de paso, no todos los hombres quemaron incienso.

Y mira tú como, sin intentarlo, hallé una razón con que contestar á tu original pregunta: «¿Porqué me amas?»

Si un filósofo leyese esta carta, presumo que habia de encontrar en ella muchos disparates. Ellos tienen en sus libros muchas fórmulas para decir estas cosas que yo siento, quizá sin comprenderlas; pero tú, que tan acostumbrada estás á leer en mi alma, hallarás en cada frase mia materia para escribir un tomo de su intrincada ciencia.

Fijate en esto que te digo, porque te sirva de antorcha para no perderte entre el confuso tropel

de ideas que ahora acuden á vestirse en los puntos de mi pluma.

¿Porqué me amas? me decias clavando tus azules pupilas en el espejo de mi alma y envolviéndome en la perfumada atmósfera de tu aliento.

¿Lo sé yo acaso? te contesté sin pensarlo siquiera. Y, sin embargo lo sabia; lo sabia por medio de una misteriosa revelación, lo sabia, porque apenas formulada tu pregunta, sentí levantarse de lo más hondo de mi espíritu un mundo de confusos rumores, una llamarada de ardiente inspiración, que se esterilizó en mi mente sin acertar á expresarse en palabras, pero que se reflejó en mis ojos, en los cuales debiste leer muy claro, porque los tuyos se bajaron ocultando tu emoción.

De entonces acá he pensado mucho, me he preguntado á mi mismo la causa de nuestro amor y no he hallado mas que vagas explicaciones que tanto valen como decir que nos amamos porque sí.

Sin embargo, yo sé que te amo y sé que en esta pasión no interviene para nada mi voluntad. Te amo porque debo amarte; porque los hombres no pueden quebrantar á su antojo los providenciales mandatos, y tú y yo, chispas de una misma lumbre, rayos de un mismo foco, realizamos en el mundo, amándonos una mínima parte de la voluntad infinita de Dios.

Al arrojarnos á la batalla de la vida, quiso darnos en el amor un lazo para marchar unidos; un oasis para reparar las desmayadas fuerzas; un mútuo apoyo para no perecer en el combate. ¡Desgraciada criatura la que no sienta infiltrado su sér de los suavísimos efluvios de esa celestial pasión. Surcará el mar revuelto de la vida sin rumbo que la guie, sin timón que la dirija; sola, afligida, ensangrentando sus piés en las rudas asperezas del camino!

¡Santas horas de amorosa impaciencia; callados ruidos de la sosegada noche que murmuráis á mi oído palabras sin nombre; ternísimos suspiros que revoloteáis en torno mio en los éxtasis de mi amorosa cuita; pudorosos ensueños del alma enamorada; recuerdos místicos de un mundo mejor, no me abandonéis jamás! Sin vosotros ¿qué sería la vida? ¿qué sería el hombre?

¿Besas mi carta? Entonces me has comprendido.

Eugenio.

—
¡Callad!

—
¿Porqué, vates queridos, me enseñásteis del mundo la verdad?

¿Porqué vinisteis juntos á decirme que es necio delirar aqúeste afán de amor que me arrebatá? Porqué... porqué cantais?

—
Ocultas de la vida las miserias, la realidad, sin vos, el alma en dulce engaño embebecida vivir pudo hasta hoy, y concebir la dicha, y la esperanza, la gloria y el amor.

Volaba mi ilusión como el deseo
tras de un inmenso edén
de glorias retratadas en mi mente,
que á mi placer soñé.
Ni el desengaño en mi carrera hallado
mi afán pudo torcer.

Mas las horas de paz y de ventura,
tan grato alborear,
mañanas de tan dulce primavera,
tanta felicidad
¡cómo de vuestras liras al acorde
disipándose van!
Campoamor, Espronceda, dulce Becquer,
por Dios... por Dios, callad!

Beta.

Epigramas.

Don Blas, á la pobre Petra
con acritud reprendía,
porque la muchacha hacía
muy diminuta la letra.
—Por Dios, que eres torpe y ruda!
Desacreditas mi escuela.
—Señor, me ha dicho la abuela
que tenga letra menuda.

Mi amigo Juan enfermó,
y un galeno, con presteza,
dijo, al punto que le vió:
—Le entró el sol en la cabeza.
Luego un criado, escuchada
del enfermo la querella,
gritó con voz destemplada:
—No fué el sol, fué doña Estrella!

Alfa.

Los desheredados.

Continuación.

Yo no quiero en mis pobres artículos, hacer una defensa, que sería absurda, de la irresponsabilidad criminal de esos infelices que, arrojados desde el nacer en la sentina de todos los vicios, sellan la última página de su desdichada historia en la celda de un presidio, cuando no sobre el sangriento tablado de un cadalso. No. Hombres, al fin, gravado en su corazón llevan el código sublime de la suprema ley, de esa ley cuyo espíritu informará siempre la legislación humana, de esa ley directamente promulgada por Dios á su pueblo escogido desde las alturas del Sinaí. La dignidad del hombre, por otra parte, se levantaría á protestar de esa defensa que forzosamente habia de sacar sus fuerzas de la negación del libre albedrío. Pero ¿será candoroso afirmar que la atmósfera que esos desgraciados respiran, llena de impulsos y de escitaciones criminales, disminuye el coeficiente de su delincuencia? La per-versión de su sentido moral, no es independiente de su voluntad, por lo menos en gran parte. Porque

ellos no van, desoyendo los gritos de su conciencia, á buscar alhagos para sus pasiones en los asquerosos brazos del vicio, nó; del vicio nacieron, acaso; en el vicio se desarrollaron, y el vicio fué quien, ganando poco á poco el santuario de sus virtudes les dió, por modo fatal, una segunda naturaleza.

Criminalistas ilustres, sin duda alguna, han hablado grandes argumentos con que impugnar nuestra teoría; pero ¿serán esos argumentos irrefutables? ¿No podrán ser el triste resultado de una especie de espejismo jurídico (si vale la frase)? Parapetados detrás de arraigadas preocupaciones sobre la igualdad de la justicia humana, olvidarán el sublime precepto de Ciceron:

Summum jus in summa cadet injuria? No lo afirmamos; pero, para no negarlo, hemos de lamentar que los resplandores de su inteligencia anden tan divorciados, á veces, de los generosos impulsos de su corazón.

Quien una vez haya penetrado en esos tenebrosos antros en que infelices sin número se agitan impotentes contra la miseria que los rodea; quien haya parado su atención, siquiera un momento, en lo desesperado de su lucha por la existencia, comprenderá con poca repugnancia, la violación de ciertas leyes y la burda justicia de los hombres ante el sublime concepto de la suprema equidad.

Feliz de mí si en sucesivos artículos, puedo poner de manifiesto la anterior tesis y contribuir de este modo, y en la escasísima medida de mis fuerzas á la mayor concordia entre la vida individual y colectiva, entre la estricta justicia y la humana conmiseración

(Se continuará)

Alfa.

Bibliografía.

BIBLIOTECA GALLEGA.—LATORRE Y MARTINEZ, EDITORES

Pocos días hace que desde las columnas del primer número de nuestro semanario, nos complaciamos en felicitar á los señores Cortezo y Compañía de Barcelona, por la creación de la *Biblioteca de novelistas españoles contemporáneos*, felizmente inaugurada con la última novela de la castiza escritora coruñesa, Doña Emilia Pardo Bazan. Cúmplenos hoy el grato deber de hacer extensiva nuestra enhorabuena á los señores Latorre y Martinez, fundadores beneméritos de la Biblioteca gallega, cuyas obras ven la luz pública en la capital de nuestra región.

No hemos de hacer nosotros el elogio de la Biblioteca gallega. La buena acogida que el público y la prensa en general le han dispensado, va más allá de cuanto en su abono pudiéramos decir. Ade-

más de que, para hacerlo cumplido, bastaría citar los autores de las obras por ella publicadas hasta ahora, todos ellos ventajosamente conocidos en nuestra moderna literatura regional.

Amena y variada, la Biblioteca gallega ofrece ya desde sus primeros volúmenes manjar apetitoso para todas las opiniones y para todos los gustos, ora en las controversias filológicas de don Francisco Maria de la Iglesia, ora en las investigaciones regionalistas de Murguía, concienzudo y gallardo historiador; ya en la elevada poesía del insigne cantor de *A Virxen d'o cristal*, ya en la cáustica y epigramática del donoso Losada; viniendo á acabar de satisfacer el deseo del lector y las exigencias que en punto á buen gusto pudiera formular, el *Cancionero popular gallego* del laborioso Perez Ballesteros y el producto un tanto melancólico de la musa que inspira á Eduardo Pondal en sus *Queixumes d'os pinos*.

Los señores Latorre y Martinez pueden y deben estar orgullosos de haber llevado á cabo en la capital de la región gallega una de las obras que tanto contribuyen al levantamiento y progreso de ésta, y que tan bien dice en favor del plausible celo con que dirigen sus esfuerzos á la elevación y brillantez de nuestra literatura. Si antes nos hallábamos privador de poder admirar las mil bellezas con que nuestros escritores gallegos supieron engalanar sus preciadísimos trabajos, ó al menos podíamos hacerlo solo á costa de grandísimos esfuerzos hoy los mencionados editores suplieron estos inconvenientes, poniendo en práctica toda su actividad, y reuniendo con gran acierto las más interesantes obras con que nuestra región contaba; proporcionando, además, con su meritísimo beneficio, que no nos cansaremos de elogiar, un medio de que la gloria tan merecida por nuestros vates no pueda pasar un solo momento olvidada ú oscurecida.

Galicia debe estarles altamente agradecida por tan señalado servicio y nosotros no terminaremos sin enviarles repetidamente nuestra mas cordial enhorabuena y el testimonio de nuestro ferviente entusiasmo.

El Aniversario

(Conclusión)

IV.

—Fernan, como te veo á tí, te juro que he visto á mi Zora, á mi bella musulmana en la poterna del castillo,—exclamaba el jóven conde de Torrella, dirigiéndose á su mayordomo una noche, en una de los salones del palacio condal—... Era ella, errante, pálida y llorosa; su pelo destrenzado caía sobre sus hombros, blancos como las alas del cisne; sus ojos negros brillaban en la oscuridad con los fulgores del delirio, y cubría su cuerpo todo, postrado y

débil, el bláncó hábito de los peregrinos de Santiago. Sí; era ella, ella, escapada de entre las garras del fiero Almondír; ella, convertida por mis exhortaciones y por mis súplicas á la santa fé de nuestros mayores; ella que llegaba arrepentida al castillo de su Juan Jorge, de su nazareno, buscando protección y amor. Yo estaba en esta ventana cuando llegó al pié del castillo; corrí á su encuentro; más ¡ay! que la poterna estaba cerrada, y cuando salí al campo, Zora habia desaparecido, perdiéndose en las intrincadas revueltas del bosque que se extiende ante nuestros ojos. Volví á entrar; tomé mi caballo favorito, mi brioso Adalik y volé en su busca. Todo lo anduve; lo registré todo; examiné el suelo, removí las matas, inspeccioné las sombrías espesuras, sondeé los abismos... Empeño estéril! Cada vez que la brisa movia los chopos; cada vez que una rana saltaba á las charcas espantada de mi presencia, el abatido espíritu cobraba nuevo vigor, perdían mis miembros su dolorida laxitud y Adalik, nuevamente espoleado en las mismas entrañas, se precipitaba impetuoso como un torrente á través de los valles, las hondonadas y los abismos. Y así toda la noche, noche horrible como mis martirios, eterna como mi desventura.

Pero yo la encontraré; yo disputaré su presa al mismo infierno, si el infierno me la ha robado, y la traeré aquí, y será la sultana de mi serrallo. La sultana!... La sultana! ¡Ja... ja... ja!... Ven, fiero Almondír; aquí la tengo; arráncala de mis brazos, si te atreves. ¿Porque no vienes? ¿No la ves? Es Zora, es mi amada Zora, en la perla del Darro que arreba taste á mi amor en una noche sin luna, sin luna, como ésta maléfica y sombría.»—

Y el desdichado conde, cogiendo entre sus manos la cabeza de Fernan, proseguía cada vez más exaltada.

—«Ven, ven, desdichado agareno, ven y contempla mi felicidad. ¿Ves estos rizos sedosos y negros? Pues son los rizos de mi Zora. ¿Ves estos ojos que me miran delirantes de amor? Pues también son suyos. Y son suyos estos labios contraídos por la sonrisa y trémulos por la emoción; y suyo es el aliento que me envuelve como una nube de incienso.

—«Señor! señor!—murmuraba Fernan, angustiado, volved en vos. Dejad esos delirios que trastornan vuestro espíritu y consumen vuestras fuerzas. Yo soy Fernan, vuestro mayordomo. Soy el que os ha visto nacer, y respetandoos como un padre, os quiere como un hijo. Mirad, señor, la noche media ya; retiraos y buscad en el sueño reposo para vuestros miembros y treguas para vuestros anhelos.»

Pero Juan Jorge no oía. De pié en medio del salón, inclinaba la cabeza sobre el pecho, fruncido e

entrecejo y acometido todo su cuerpo, de convulsivo temblor, atravesaba entonces uno de esos momentos de peligrosa crisis intelectual que ora se resuelve en lágrimas, bálsamo á toda herida, ora en histéricas carcajadas, que arrojan el alma en los abismos de la desesperación y de la locura.

Al cabo de algun tiempo, tan solo interrumpido por el chisporroteo tenaz de los troncos, que ardian en la enorme chimenea, y los bramidos del huracán, que azotaba los flancos del castillo, el conde levantando lentamente la cabeza, paseó por la estancia su mirada, entonces tétrica y sombría, murmurando al mismo tiempo palabras inconexas y trazando en el aire con los dedos signos cabalísticos. Fernan le contemplaba con los ojos preñados de lagrimas, que corriendo por sus mejillas iban á emboscarse en su bigote cano y moviendo de arriba á abajo la cabeza con la expresión del más profundo dolor. ¡Pobre amo mio! ¡Pobre señor conde! balbuceaba casi sollozando: ¡Pobre castillo de Vilarcampo tan alegre en mis buenos dias! ¿que va á ser de tí? Ya no se oirán en tus patios los sonos marciales de los clarines apellidando á la guerra; ni retemblará tu puente bajo el peso de las guerreras huestes de Vilarcampo; ni tremolará en la conchal almena el glorioso pendon de nuestros señores; ni brillarán tus salones despues de los torneos á favor de sus mil bujias, ni aturdirán los valles y los barrancos los ladridos de la atrahillada jauría, ni el son estruendoso de las trompas de caza, ni los gritos de los monteros, ni... ¡Pobre señor! ¡pobre amo mio!

Y el honrado mayordomo, al terminar su triste monólogo se dirigió hácia el conde que de pié junto al testero principal del salón, señalaba con el brazo derecho tendido, el noble retrato del ilustre caballero de Torrella primer conde de Vilarcampo, cuya mirada grave y austera parecia dirigirse llena de compasión al último vástago de su larga genealogía, nunca vencido en las guerreras lides y herido de muerte en el revuelto combate de las pasiones.

—¡Hola, Fernan? exclamó el conde de pronto, —Mira ¿No ves como se ríe don Lope de Torrella ¿no ves como se ríe? Ja... ja... ja...! Se ríe como yo; se ríe... se ríe! ¡Ja... ja... ja!

La sultana!... ¡Ja... ja... ja! La sultana de Vilarcampo! ¡Ja... ja... ja! Pero, ¿no vés? ¿no vés Fernan? Ya no se ríe. Sus ojos despiden rayos de luz que me ciegan; su boca se contrae para pronunciar sobre mi el anatema del menosprecio, la excomunion de mi raza ¿No ves Fernan? ¿No ves alzarse su mano armada del aguzado puñal para enterrarle en mi pecho? No! ¡No! ¡Perdón, Lope de Torrella, perdón! ¡Tened compasion de mi; de mi que os lo pido arrodillado como ante el altar de Dios. ¡Ella

la sultana, ella la barragana de Almondir, ella la infiel, ser tambien condesa de Vilarcampo? No! ¡Jamás! ¡Jamás!—Pero yo la amo, Zora es mi vida, Zora es cristiana, es peregrina de Santiago, es la conversa á la religion del Crucificado por la religion excelsa del amor. Hiéreme ya don Lope, hiéreme en el medio del pecho, toma mi vida, pero déjame mi Zora, mi sultana, mi sultana! Ja... ja... ja...! ¡Mi sultana y mi nombre, mi sultana y mi amor! Ja...! ja... ja... ja...!

Y el desdichado conde descompuesto el ademán, torcido el gesto y fiera la mirada, retrocedió hasta el rojo escaño forrado de terciopelo cayendo en él, entre los brazos de Fernan, sin dejar de lanzar sus histéricas carcajadas.

VI.

Fué aquel el primer aniversario del rapto de Zora. Funesto desenlace de la batalla librada en el alma, entre la pasión y la honra; entre la fé y el amor.

Cada vez que la mano del tiempo marcaba en su eterno reloj aquella fatal fecha, el conde bajaba á la poterna del castillo, la puerta de la risa, y allí le sorprendia la luz del nuevo dia, lanzando horribles carcajadas que repetian cien veces los valles y las cañadas, y que aun hoy parece querer modular el viento al azotar violentamente los arruinados bastiones del viejo edificio.

Ariosto.

ADVERTENCIA

Suplicamos á nuestros suscritores, (los que por un olvido involuntario nuestro hayan dejado de recibir el primer número de LOS MURMULLOS LITERARIOS) se dignen hacer la oportuna reclamación á la Administración, á fin de que ésta pueda resarcirles, ó exigírselo al mismo repartidor al efectuar la entrega del presente ó sucesivos.

Esperamos además, nos dispensen la falta de puntualidad en el servicio de nuestro semanario; pues este inconveniente desaparecerá tan pronto como podamos establecer un verdadero arreglo de nuestra improvisada Administración.

CORUÑA:

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE VICENTE ABAD

SECCIÓN DE ANUNCIOS

MARCOS, MARCOS, MARCOS,

EN CASA DE BOEDO,

15—San Andrés,—15.

Marcos para estampas, grabados, cromos y acuarelas, en molduras negras y doradas de distintas clases.

Marcos Alhambra, última novedad para cuadros al óleo y retratos.

CASA DE BOEDO.

PREPARACIÓN

DE

MATEMATICAS

para el ingreso en la Academia General y repaso de las mismas para el Instituto.

Clases de solfeo y lecciones de piano.

Informarán en esta Redaccion, San Nicolás, 44, principal.

MURMULLOS LITERARIOS

SEMANARIO ARTISTICO

SE PUBLICA LOS DIAS 7, 14, 21 Y 28 DE CADA MES

PUNTOS DE SUSCRICION:

En la Administración, calle de San Nicolás, número 44, principal, á donde se dirigirá la correspondencia.

PRECIOS DE SUSCRICION:

Coruña: al mes, 1 peseta, trimestre, 2'50.

Provincias: trimestre, 3 pesetas; semestre, 5'50.

Anuncios á precios convencionales, con la correspondiente rebaja para los suscritores.

Los suscritores de fuera de la capital, enviarán anticipadamente el importe de la suscripción, en sellos de correos.